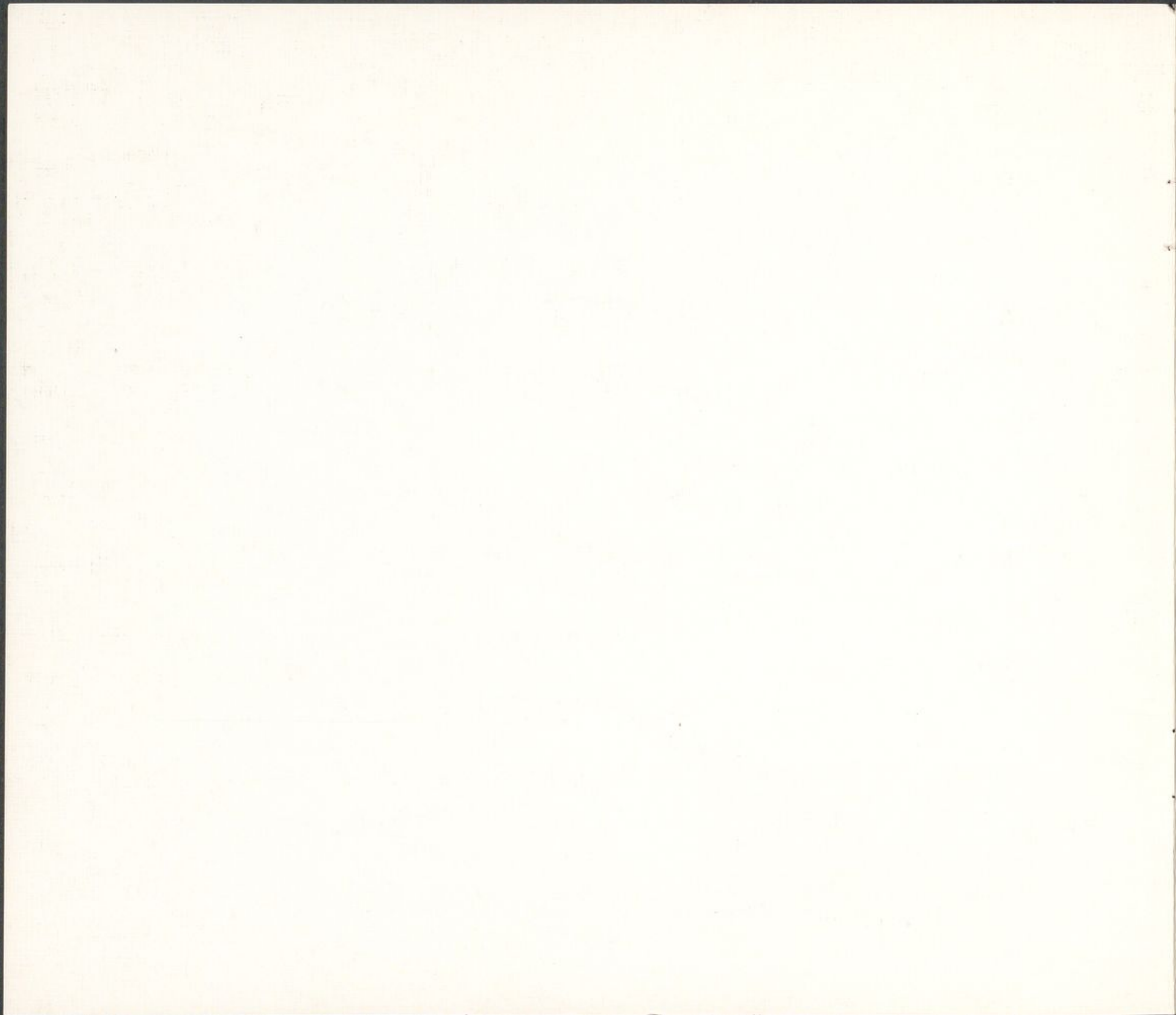


**PREGON
de la
SEMANA
SANTA
1985**

C. 42
1195



Por FELIX ANTONIO GONZALEZ



C.

SEU fol 4039-2



SEMANA SANTA EN VALLADOLID
PREGON 1.985
Félix Antonio González

ARCHIVO MUNICIPAL



1160721

C. 42 - 1195



2.3357

Pregón de la Semana Santa pronunciado por
D. Félix Antonio González González el día 22
de Marzo a las 20,30 h. en la Iglesia Conventual
de San Benito. Valladolid 1985

EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
MIEMBROS DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA
Y DE LAS COFRADIAS Y HERMANDADES
VALLISOLETANAS, SEÑORAS Y SEÑORES:

Creo que nada es menos necesario en este año, en este acto, que intentar hacer una presentación del pregonero de nuestra Semana Santa, Félix Antonio González, cuya actividad como periodista, como pintor, como poeta, ha venido y viene concitando durante muchos años el máximo interés y la atención de miles de ciudadanos, entre los que me cuento, seguidores puntuales de su admirable capacidad creativa y, en definitiva, de su obra.

Entrañablemente incardinado en la vida de nuestra ciudad, el nombre de Félix Antonio, se convierte cada día, siempre, entiendo yo, en sinónimo de sensibilidad y de riqueza expresiva.

Menos la música, a la que ha encerrado como en un museo de cristal dentro del alma en memoria de su padre, a Félix Antonio le ha servido y le sirve todo o casi todo, para comunicar a los demás su mundo interior, sus recuerdos, su visión de las cosas.

Le sirven la voz, la palabra escrita, la fotografía -hoy para él casi archivada-, la pintura... Todo, o casi todo, es en él la herramienta del artista, el soporte utilizado para transmitir información, sensación, emoción.

Para acercarse al prójimo y ofrecerle esas porciones de vida que en cada instante está apresando y luego profundiza y modela con talento y pasión inseparables.

Félix Antonio, personaje urbano al que la gente le sigue con la mirada por la calle y le señala con admiración y cariño, es un ser que sabe romper la frontera de la realidad en cualquier momento, en un permanente ejercicio de libertad personal, para irse donde quiere, que es a ese campo sin puertas, a ese campo ancho y largo de Castilla, desnudo y absoluto, que sólo se ensambla en los ojos del hombre con el cielo, como en los paisajes de su obra pictórica.

Félix Antonio, profundo en su amor a Valladolid, donde nació, y no menos profundo en su amor a la tierra de sus antepasados, Medina de Rioseco, es también el hombre que un día trazó así el paisaje humano de nuestras gentes, en versos que suelo citar, impresionado, cada vez que tengo la ocasión:

*“No te preguntaré de donde vienes
ni donde vas... Pasa adelante, hermano
Partiremos los males y los bienes
de mi zurrón de viejo castellano...”*

Son sus versos, sus palabras.

Félix Antonio, maestro en tantas cosas y amigo auténtico, en este marco impresionante de San Benito el Real, que hoy tan amablemente nos ha cedido la Comunidad de Padres Carmelitas, tu tienes la voz para presentar nuestra Semana Santa, en medio del respeto y el afecto con que te recibimos.

*Gracias por haber aceptado hablarnos hoy aquí.
Muchas gracias.*

*TOMAS RODRIGUEZ BOLAÑOS
Alcalde de Valladolid*

PREGON 1.985



Pues, Señor, ya estamos otra vez aquí... Somos los de siempre, los que creemos y los que no creemos, los que prometemos y cumplimos y los que prometemos y no cumplimos, los que una vez al año -quizá por aquello de que una vez al año no hace daño- nos damos golpes de pecho, ponemos ojos en blanco, nos dolemos de tu dolor, encendemos una vela y nos decimos, muy serios, que no merecemos tu sacrificio... Somos, Señor, casi todos, éstos, los que no nos lo merecemos...

Va a abrirse, Señor, la Semana Santa. La Semana que tú santificastes y a la que nosotros, poco a poco, fuimos convirtiendo en vacación... Y mala cosa no sería, mala cosa no es, cuando la vacación está justificada por el cansancio o cuando, en la playa, en la montaña, adonde sea nos acordamos de Ti. Que eso puede hacerse, Señor, en hábito o en bañador... Va a abrirse, Señor, la semana- porque no todos utilizan la vacación para eso tan árduo, tan cuesta arriba de ponerse a pensar que comenzó en la calle de la Amargura y terminó en la brisa de Sitges, de Benidorm, de Torremolinos, mal señalado, pero Tú ya me entiendes... La semana de «prepara las maletas, Lola, que nos vamos al mar»... Y ahí te quedas Tú, cuerpo doliente, alma doliente, con los latigazos en la piel y los costurones en el alma... Pero ¿Qué esperabas?.

Esperabas acaso que este rebaño, como tú lo llamabas, fuera sólo de ovejas. Pues estabas listo, y perdona, Señor, que te hable así, pero así es como se hablan los amigos... Y yo soy tu amigo, Señor, no tanto como Tú lo eres mío, pero tu amigo... y te hablo como a los amigos y voy a verte como a los amigos, con la ropa de siempre, con el talante de siempre, con las palabras de siempre, porque no soy hombre que sea una cosa por delante y otra por detrás... Pero ¿qué esperabas?... Que, poco a poco, los doce fueran haciéndose veinticuatro, y los veinticuatro, mil, y los mil, todos. Y que el mundo entero fuese una gran familia, en la que nos reuniéramos en la noche del Jueves, como en la comida del

diecinueve, del Día del Padre, para estar aún más cerca de Tí... Tu rebaño, Señor, más está constituido de lobos que de corderos, aunque sean lobos que a veces caminen como ovejas, y así nos luce el pelo, Señor, así nos luce... Muy especialmente, Señor, así te luce a Tí.

Así nos luce el pelo, pese a que hablemos palabras bellas, una vez al año -o dos, que también cuando naces hacemos como si se nos enterneciera el alma-, palabras bellas que, como la mayoría de las que sólo pretenden éso, ser bellas, nada significan... Y así, cuando alguien habla de hermandad, no suele hacerlo por la fuerza de su raíz de hermano, sino para que los demás piensen lo bueno que es, pero si alguien llama a su puerta, la de los muchos cerrojos y las pequeñas mirillas, ese alguien se queda parte afuera de sus sentimientos, parte afuera de sus manos ayudadoras, parte afuera de su vida... Y a ese alguien se le dará con la puerta en las narices. Y no hablo -Tu ya me entiendes de una puerta-puerta, que hay portazos que duelen más. Todavía más... No hablo ni siquiera de esa puerta que no se les abrió a María y a José cuando Tu estabas llegando... Que porque dieron con José, que era como era, que si no la echa abajo, si no, tira de la vara sin florecer. ...Y el buen artesano, el buen currante, les da madera, que de éso sabía... Hablo de ese negarse del amigo, del supuesto, del presunto -como ahora se dice- amigo, cuando el que se niega da en suponer que van a pedirle un favor y, en tantos casos, es una justicia... Hablo, por ejemplo, de esa puerta que a Tí se te cerró y se le abrió a Barrabás, contra el que, claro, nada tengo, por la razón, por la sinrazón, del porque sí... Pero hablo, sobre todo, de la puerta del amor... De esa puerta que generalmente sólo se entreabre y contra la que uno puede dejarse -Tú, todos los días- los nudillos...

Por éso yo, en mi modestia, en mi corta visión, en mi sencillo tacto de hombre de la calle, no espero a que lleguen los días de la Semana Santa

para encontrarse contigo... Y no me pongo como ejemplo, ya que nada tengo de ejemplar pero entre las gentes que conozco, conozco a pocos, tanto como a mí, y de mí hablo para equivocarme menos... Me encuentro contigo, Señor -y sólo hay que abrir los ojos y descorazonarse la piel- en cada hombre, en cada mujer sin trabajo, en cada trabajador mal pagado, y también en cada patrón que paga por un trabajo mal hecho, por mal cumplir... Me encuentro contigo en el niño que quiere ser algo y no puede, en la niña a la que le llenan los oídos de las malas voces del desierto... Contigo me encuentro en todas partes, que ya digo que no hay sino que abrir los ojos...

Hace ya años... Porque ahora, Señor, es muy fácil decir algunas cosas, hablar de una manera en lugar de otra... Hace ya muchos años, hicimos en El Norte de Castilla, por estas fechas, una plana de sonetos dedicados a Ti. Y todos, Señor, eran muy buenos, estaban perfectamente medidos, contaban de catorce versos y cada verso de once sílabas... Como Dios manda iba a decir, pero otros son tus mandos... Todos muy buenos pero, más o menos, iguales... La Cruz, el Gólgota, la esponja de la hiel... Y quedaba un hueco para completar la plana. Y como yo Señor, por tu infinita bondad, también le doy a la Poesía, hice allí, en la platina del taller, sobre la marcha, otro soneto. ...Sólo que probablemente no era tan bueno como los demás, pero -eso, sí- sonaba de forma distinta. De una forma que fué para muchos de escándalo, pero para otros, no... Un buen hombre, un pobre hombre, pasado el tiempo, me lo enseñó. Llevaba su recorte doblado, tazado de puro leído, en la cartera, como el recordatorio del padre y la foto de la nieta... Y se me nublaron los ojos... Porque uno aspira -y Tú sabes mucho de éso- a no pasar en balde... Aquel soneto decía, más o menos:

Te veo cada día en cada esquina,
cristo de boina y pantalón de pana,
picador de la sombra de tu mina
con tu celta apagado y tu desgana...
Más que verte mi carne te adivina,
mi apretada, cofrade, carne hermana,
¿Quién te negó el albor de tu mañana?
¿Quién, tan recto, tan noble, te asesina?
Te veo cada día, te estoy viendo,
naciendo, madurando, envejeciendo,
dolorido eslabón de la cadena...
Cristo callado que a mi lado pasas,
mientras el pan de los demás amasas
con tu salario mínimo y tu pena...

Cuando no sabemos de qué va la cosa, decimos atípico, como la neumonía antes de lo de la colza... Esto, Señor, está siendo un pregón atípico, pero Tú me entiendes y -que me perdonen los demás- eso es lo que me importa... Porque Tú eres ése, Señor, que yo veo cada día, como lo ve todo quien quiera ver- que das de cara con nosotros. Tú eres, Señor, ese niño que juega al fútbol con un bote abollado, ese hombre que estira el cigarro, porque no tiene más, para que dure como el canuto de pescado frito del Piyayo, Tú eres esa mujer que cuenta y recuenta las treinta monedas, porque a sesenta subió la vida y ella tiene que dar de comer a su gente... Tu eres ese anciano que rebusca en el buche de la papelera... Ese anciano al que todo el mundo le dice que le quiere mucho, pero él sabe que estorba, Tu eres ese ser maltratado, al que -eso, sí- un día, quizá cuando llega la Semana Santa se le concede la Medalla del Trabajo o el diploma de lo que sea, se le pasa la mano por el lomo y se le archiva... Lo que es tanto como decir que se le coloca en el casillero del olvido...Hasta -en el mejor de los casos- un año después...

Eres Tú, Cristo amigo, el de la ronda del vino barato, del vino falso, el que alarga el momento de volver a casa porque no sabe cómo decirle a la mujer que el puesto fué para otro... O que ya no hay el puesto que había... Que, de aquella promesa, nada... Tú eres el que, incluso, intentas justificar al que te volvió la espalda... Eres Tu, Cristo, amigo, el de las siete palabras. Pero hoy dirías otras. Y serían palabras duras, que levantarían nuestra piel, ya que no nuestra alma... Creo que Tú, en la cruz, en esa, en esta cruz, en la tuya y en la que tantos llevamos a hombros, sonriamos o no, dirías, como primera palabra:

Padre, la paz...

Sobre todo, la Paz... Padre, la paz, que Tú no sabes cómo es esta gente... Que sí, aquel día, cuando Belén, me llevaron el gallo picotón y el saco de harina, pero fué porque yo era la novedad, porque había ángeles por los cielos, como los extraterrestres de un ovni, como los altavoces de que había llegado el circo... Algo así, Padre, porque me negaron después... Hasta alguno de los que elegí para ministro de mi Moncloa... La paz... ¿No sabes, Padre, que los hombres hicieron acero con el hierro y se lo metieron entre las costillas al hermano y que hasta quisieron encontrarle a eso una razón ¿y hasta hubo quien los bendijo? ¿Tú sabes, Señor, que ahora andan en la tarea de hacer añicos el mundo que tú hiciste?... En un segundo, tus seis días de trabajo por los aires, ya ves, Padre, qué hombres son estos hombres, obra tuya... Y me has hecho como uno de ellos.

Y la segunda palabra sería:

Padre, el trabajo... Desde aquí, dirías, Cristo, desde esta espadaña de la cruz veo los campos vacíos, porque sus gentes se fueron a la ciudad a buscar un empleo que ya no había, y le pusieron a la ciudad cinturones de hambre, de miseria y, en tantos casos, de corrupción, de la que

no toda la culpa era de ellos... El trabajo, Padre, para todos... Que dijistes: ganarás el pan con el sudor de tu frente. Y aquí está el sudor bien dispuesto, pero ¿dónde está el pan?. El trabajo y el pan para todos... Que ningún padre -Tú que lo eres- tenga que volver la cara cuando el niño chico dice que tiene hambre... Y, menos, sentir como le avispean en la cabeza las negras ideas...

Estoy seguro de que Tú tercera palabra sería:

Padre, el pan, ya digo... El pan que llega con el trabajo, el pan ganado y granado... El pan llega con el trabajo y mejor sabe por estar amasado con sudor... El pan... Hubo una película, Señor, Que quizá hayas visto en tu alto video, que hablaba de unas pobres gentes que comían bocadillos de pan y fantasía. Pan amor y fantasía... Y fantasía aún no nos falta, Señor, pero, a veces, sí que nos falta pan. Y yo me digo que quizá sea porque andamos escasos de amor.

Padre -diría en mi cuarta, dirías en tu cuarta palabra-: la clara aurora para nuestra gente... El otro día... ¿Te lo cuento, Señor?, pues te lo cuento... Con esto de que no hay trabajo para todos, ni casi pan y que algunos padres no saben qué decir a sus hijos, a sus hijas..., el bicharraco de los malos pensamientos anda diciendo cosas en los oídos nuevos... Y el otro día, en un lugar de la ciudad, lleno de luz y de comercios, en el que a veces hay mujeres que esperan el mal trato para llevar unas perras a casa, había una niña... Poco más que una niña, Señor, o acaso sólo una niña... Allí... Y yo, que gracias a Ti sigo siendo un ingenuo, me acerqué y le dije:

No estés ahí, que pueden confundirte...

Y ¿Sabes, Señor, lo que me dijo?. Pues me dijo: ¿Tú crees?...

Padre -te diría en mi quinta palabra- que nuestros hijos y nosotros y todos

no enturbiemos nuestras luces con la droga. Ni blanda, ni dura, que se sabe por donde se empieza -a veces, ni eso- pero no adonde se acaba... Señor, danos tus correas para echar del templo total a quien pretenda corrompernos a una juventud que queremos alegre, sana deportiva, vital... Sobre todo, Señor, a esos mercaderes...

Padre -te diría en mi sexta palabra-: dame comprensión para todos y más para los que más la necesiten, para los menos comprendidos... Haz -dirías desde tu cruz- que vea los problemas de los demás como si fueran mis propios problemas.

Y en mi séptima palabra, como si me hubiera olvidado que ella fué la primera, volvería a pedirte la paz... La paz, en su total, plena expresión... Y luego, sin falta de respeto, con amor de hijo, te agarraría, Señor por las solapas y te diría, una y otra vez: acuérdate, acuérdate, acuérdate...

Y por el aquél de que los versos se quedan mejor, para que te acuerdes, te lo diría así también.

Primera palabra:

Dame, Señor, la paz de cada día
amasada por Tí, que en la ventana
se haga más sol, más clara y capitana
la diana de tu capitania...

Dame, Señor, el toque de alegría
que entre tanto dolor se me desgrana...

Que abra la soledad de mi ventana
y te me venga en luz tu compañía...

Dame la paz, Señor, para el vecino,
para el pobre hombre que anda mi camino
cansadamente, doloridamente...

Haznos, Señor, hermanos... Como hermanos,
bien apretadas en amor las manos
a todos los peones de tu gente...

Segunda palabra, la del trabajo.

Dame, Señor, el corte cotidiano...
Que al echarme a la cara el agua clara
se me vaya la telaraña para
encontrarme en la luz de tu verano...
Dame, Señor, el grano; que tu mano
arome mi alacena oscura... Rara
milagrería de tu cara a cara
en el verano justo de tu grano...
Dame Señor, trabajo: que me gane
mi pan de cada día, el de los míos
y la migaja a fin de la sonrisa...
La migaja feliz que se desgrane
ante el gorrión cabal de los estíos...
y, de lujo una flor en la camisa.

Tercera palabra, la del pan.

El pan, Señor, el pan que te decía...

Porque fué la culpa tuya. Nos hiciste
de un puñado total de barro triste
y de una gota impar de fantasía...

El pan, Señor, el pan de cada día...

El cañamón, el mijo y el alpiste
de este árbol seco y pobre en que quisiste
los pájaros de tu alta sinfonía...

El pan, Señor, el pan de limpia masa
en la mesa cabal de cada casa,
olor a horno en los alrededores...

El pan del rubio trigo y del fiel fuego,
cada día, Señor, en casa... y luego
perdonaremos a nuestros deudores...

Cuarta palabra, la del amor.

Señor: el niño... Amor, la cria aquella
que tiene que vivir... Pero; ¿qué herida
navajera en la noche estremecida
entre las manos, sin muñecas, de ella?...

Tanta bestia, Señor, para la bella
en la esquina, en la vuelta convenida...

LLueva tu amor sobre la malherida
y apágale, Señor, la mala estrella...

Está en la calle y sonerir ensaya
y el desaliento en que se me desmaya
ante su soledad la condecora...

Le dicen, al pasar, la frase oscura

Abre, Señor, en su malaventura,
la aurora, la esperanza de tu aurora...

Quinta palabra... la de la droga...

Te estoy pidiendo, mi Señor, socorro...
Son niños... De la mano de la abuela
huyeron en su fácil correveola
y entraron en el vértigo del carro...
La goma de borrar con la que borro
lo que no quiero, lo que me desvela,
se me atranca en la puerta de la escuela
en las primeras toses de aquel porro...
Te estoy pidiendo en la plazuela la onza
de madera feliz de la peonza,
el trote del ingenuo cocherito...
a ese coche leré, al que en los jardines
le hacen auto-stop los serafines
en un recreo alegre e infinito...

Sexta palabra, la de la Comprensión.

Suplicándote estoy que me comprendas...

Soy un hombre, uno más entre la gente...

Que me dijiste así, sencillamente:

hazte hombre, y allá te las entiendas...

Este es el mundo de las componendas...

Señor: me está doliendo oscuramente

mi corazón de hombre... De repente,

no recuerdo qué sendas son mis sendas...

Me enviastes a decir tu fiel palabra,

pero la piedra que me descalabra

me hace ver tu galaxia de otro modo...

Soy tu hijo, Señor, mas no me nombres,

porque si he de vivir entre los hombres,

he de ser como ellos, pese a todo.

Septima Palabra.

Y la paz, otra vez... La paz, primera
palabra y última, que se me escapa,
que no encuentro, Señor, entre la capa
mendiga de la inútil primavera...

La primera palabra y la postrera...

Tapa, Señor, con tu sonrisa, tapa
la boca del cañón, obra de zapa
deshermanada, amarga ratonera...

La paz, Señor, que baje de tus cielos,
parachutista de tus limpios vuelos,
maná sencillo, plácida alegría...

Una paz sin fusiles, sin laureles,
esa paz en los únicos manteles,
la paz del pan, la flor de cada día...

Quiero pedirte, antes de terminar, que me perdones... No por mis muchos pecados, que sería una movida, Señor, soltarlos aquí, y se nos pasaría tu Semana Santa y la nuestra no tan santa, en el recitado de la amarga letanía...

Quiero pedirte, Señor, -aunque sé que no hace falta, porque Tú y yo, Señor, nos entendemos, estamos en sintonía, aunque discutamos, porque Tú no eres como muchos creen. Quiero pedirte perdón, por presentarme así en tu casa. Pero somos amigos y a los amigos se les ve con la pinta de todos los días... Por otra parte cuando Tú irrumpiste, Señor, en el templo, correas en manos, tampoco llevabas chistera... Qué facha haría yo- y, sobre todo Tú, Señor, con chistera... Con el respeto del alma he venido, que es el importante, con el alma recién lavada con el champú de tu aurora, después de intentar con todos mis afanes encontrar, para venir a hablar aquí hoy, mi raíz de niño, mi pensamiento de niño, mi aliento de niño... Con el respeto del alma entero, pero sólo con ese, que Tú, cuando te hiciste hombre, te hiciste hombre de sandalias, túnica de paño basto y una cuerda por cinto... No obstante, perdóname, Señor... Perdón, por tantas cosas... Tu casa... Recuerdo, cuando mis hijos eran unos niños, uno de ellos,... Estábamos en la catedral, donde alquilaban sillas y por el aquel de que nunca los dineros me rompieron los bolsillos o por lo que fuera, el caso fué que mi mujer y yo cogimos, sólo, dos... Y los crios sobre nosotros... Y no de ellos, ya digo, empezó a correr de un lado para otro, a dar la lata... Y yo le dije que se estuviera quieto, que es algo que no se le debe decir a un niño. Y él, naturalmente, nada. Le dije yo no sé cuantas cosas, hasta que solté el tópico:

-Niño: que estamos en la casa de Dios...

En tu casa, Señor... Y el niño que no tenía silla, me dijo nada menos que esto:

¿Y en la casa de Dios no hay sillas para todos...?

Yo me reí... Y mi risa pudo parecer una irreverencia -y pareció, que no quieras saber cómo miró el orador sagrado-, pero yo sé que, con mi risa, iba la tuya... Porque la cosa tuvo gracia y dijo, sobre todo, verdad... En la casa de Dios hay sillas para todos, acomodo para todos, lugar para todos... Y para entrar en ella no hay que ponerse el traje de los domingos, sino la vieja -y mejor cuanto más usada esté- ropa de la buena voluntad. En tu casa hay sitio para todos, como lugar para todos hay en tu pasión, en tu programa, en tu camino, en tu plan, en tu semana, que va a empezar... Porque resulta que éste es un pregón de Semana Santa y apenas he hablado de ello... O sí que he hablado de ello y Tu bien lo sabes. He hablado de tu pasión y de la nuestra. No he dicho una palabra de Gregorio, ni de Juan, ni de Alonso, porque la pasión es tuya, de Tí, vivo y muerto. Tuya y nuestra, que tenemos mucho que arreglar, mucho que redimir, mucho que arreglarnos, mucho que redimirnos... Mucho para que un día, Señor, podemos mirarnos a las caras sin ponernos colorados... Para que un día, Señor, no nos hiele el alma la calefacción de nuestra casa al pensar en el cinturón que infama a las ciudades... Para que un día no se nos agrie el vino de la copa, al caer en la cuenta de que muchos, como tú, tienen sed... Para que un día no se nos haga sombra el amor, al recordarte sólo, allá arriba, entre el cielo y la tierra, dios y hombre, abandonado...

Pero permíteme, Señor de la Esperanza, decirlo al revés: para que un día nadie tenga pena, ni hambre, ni soledad, ni desamor, ni sed... Muy especialmente, sed de justicia.

No obstante, Señor, no nos lo merecemos... Perdón otra vez... ¿Sabes quién de verdad soy, Señor?... Ni ese pintor, ni ese poeta, ni ese que escribe en el periódico y habla en la Radio.. Soy -te lo habías imaginado- una figura de palo, el espantapájaros del Huerto, del huerto de Tu oración... Y quise avisarte a tiempo, pero tú no me entendistes, porque

eras hombre como nosotros y los hombres no andamos bien de las entendederas... Soy aquel espantapájaros, que hacía lo que podía, como una marioneta tirada por los hilos del viento, para avisarte del riesgo... Soy, te lo diré, Señor:

Soy el espantapájaros... Te alerto,
con mi vieja chistera y mi levita,
mis brazos de molino, mi infinita
pena en los ojos de mirarte muerto...
Por que muerto te estoy viendo, y no acierto
a echarte de la mala siembra... Agita
mi torpeza su angustia, su infinita
pena en la linde humana de mi huerto...
Huye, Señor, que están sobre la herida
de tu carne y tu tierra estremecida
los malos cuervos de las malas castas...
Vete, Señor, despega en tu ala delta,
date, Señor, sin más, la media vuelta,
porque no sabes con quien te la gastas...

EDITA: Ayuntamiento de Valladolid y
Junta de Semana Santa

IMPRIME Y COMPONE: Imprenta Municipal

FOTO PORTADA: José David Redondo

FOTO INTERIOR: Cacho

DEPOSITO LEGAL: VA-558-85

